

Rugendas dibujó la librería
escena de "Rosario y Julieta"
en 1842, el mismo año en que
comenzó su romance
con Clara Álvarez.

El invierno de 1835 el idoso Zegers lidera los salones literarios santiaguinos que, por supuesto, el pintor Juan Mauricio Rugendas jamás se pierde. Algo en la calle de Alameda y como en la Fonda Inglesa o en el Café del Comercio.

Carmen Arriagada, esposa del militar prusiano Eduardo Gutiérrez, tiene carnadas en Santiago, pero vive en la Región del Maipo. Ahí, a fines de 1835, llega Rugendas invitado por el teniente Gutiérrez. En un mes parte ese amor que dura poco más de diez años, ella es su China; él es su Moro.

Carmen le expresa su cariño a través de las palabras:

*Mis labios han humedecido la señal donde se
sientan los hijos, los hijos que en horas más
afortunadas me embriagaban de amor. Te he creído
boca cuyo dulzura me ha hecho tantas veces casi
ignorar de dolor, de desasosuro. Mas del alma suprema
felicidad mía, te amo, te adoro, me muero por ti.*

Sin embargo, el amor no se concretó. Carmen
estuvo casada hace diez años y sabe de la condena
social si renuncia al matrimonio.

*Soy dichosa a pesar de mi destino, viví,
conservaré mi vida para mantener un corazón que
será siempre tuyo y, aunque separados, nuestras
almas se entenderán siempre, y la idea de que nuestro
amor no está manchado con ningún crimen aturde la
estimación al cariño.*

La vida de Rugendas transcurre entre Santiago y
Valparaíso, con un lápiz en la mano, quejándose de
la falta de dinero. Carmen pasa sola por Talca,
donde reside; se levanta a las cinco y se acuesta a las
ocho y media. Casi no tiene compañía, sólo juega un
poco de naipes y lee inconscientemente. Prefiere a
Dumas, Víctor Hugo, Shakespeare.

Los enamorados se extrañan y los viajes de
Rugendas al fondo no son frecuentes. Carmen pasa los
días con su amigo Dolores Otero López. Conversan un
poco, toman té y duermen sobre el sofá, pero pasa el
tiempo y el pintor no vuelve. Carmen se siente
enfame. Quiere seguir, como siempre, ajena, y cada
vez más sospechosa del romance. El 18 de
febrero de 1837 Carmen le escribe a su Moro:

Mi bien amado,

*Cuanta necesidad he tenido de confiarle mis
pesares! Pero imposible, no tengo un momento mío, se
me vigila... G está lleno de desconfianza, no pierde la
oportunidad de hacerte sentir sus aspachas, que vos más
allá de la realidad, así que en vida para lo más
pensado posible. Ya la infamia sabe en salud, me
siento mal otra vez, tengo continuas fiebres y una
tristeza y languidez muy molestas. Habla ya
copiada para ti buenas cosas y los temas se en-
cuculan. Los hijos y el momento que infirió que eran
para ti y de palabras en palabras, exigiendo que yo no
le escribiera más de ningún modo, llegó hasta decirme
las expresiones más degradantes, en fin, como
persuadido de mi falta. Es preciso mucho cuidado para
escribirlo.*

El amor, poco a poco, se va transformando. Ya no
resultan los propósitos de un afecto únicamente
espiritual. El pintor y Carmen se desahogan. Oh, ¿por
qué no lo veo ya? ¿por qué no te cierro entre mis
brazos, por qué no estás ahí a mi lado? ¡tantas
deseos. Yo no amo en ti lo material, te lo he dicho
desde el principio, sin embargo, siento la necesidad
de un buen hijo, de una concia.

Pasan los meses y el ómalo de Carmen decae.
Más escasa Juan Mauricio está convaleciente. Durante
un viaje a Mendoza ha caído de un caballo. Quedará



un amor QUE ESTABA ESCRITO

**A principios de este siglo, en
un baúl berlinés, se
encontraron las cartas que
Carmen Arriagada, la mejor
prolista literaria del siglo
pasado, le envió a su gran
amor, Juan Mauricio
Rugendas. En ese baúl
también se halló la
correspondencia de pasión
entre el pintor y Clara
Álvarez, una joven porteña.
Sólo entonces los
historiadores pudieron
reconstruir este triángulo
amoroso del siglo pasado.**

Por KARIM GÁLVEZ V.
Fotografía: FRANCISCO PEREDA y CENTRO DE
DOCUMENTACIÓN DE "EL MERCURIO".

con una cicatriz de por vida en la frente. Carmen se
siente desahogada sola. Voy al teatro todas las
domingas, es mi única diversión. Hasta que él vuelve a
visitarla. Conversan al calor del brasero; ella lee en
voz alta, mientras él dibuja lo que le sugiere la lectura.
Filosofan, casi juegan con el intelecto.

Carmen analiza el alma en 1838.

*Si, mil veces las obras del Creador me han hecho
pensar, mil veces las inspiraciones que he sentido al
contemplar una noche serena o el ponerse el sol de un
hermoso día, me han demostrado que el alma que se
quiere elevar hasta comprender los misterios de su
hacedor, que conoce la pequeñez de este mundo, está
formada para sobrevivir, para gozar en un mundo
mejor, dichas más dignas de ella.*

El amor escasea. Carmen desfallece sola en Talca,
pero agreda su sensibilidad: No tengo tiempo de
expresar las muchas sensaciones de que gozo en una
bella noche de verano, cuando es tan silenciosa que
uno puede percibir el ruido que hacen las plantas al
desmoronarse.

También le preocupa la política. Reflexiona
cuando está a punto de ser elegido Manuel Bulnes
como presidente.

*Veo que las cosas que suceden en mi país no
merecen la pena de remitirlos a la posteridad. No hay
grandes males ni grandes bienes. Se dice, señores, el
gobierno comete horrores atentados contra la
libertad, no hay garantías, y bien, todos lo dicen y
todos sufren. ¿Se venguen como rejas, esto es,
hablando...!*

En 1842, la relación ha comenzado a quebrarse,
porque el pintor se ha economizado de otro; la joven
Clara Álvarez Condarco, su ángel. Carmen le
previene de ese amor con ironía:

*Salude Ud. a sus angelitos a mi nombre y dígalos
que me lo divierten, pero no convenga, que ellos no
tienen derecho para reclamarme, pero si lo tienen, yo
reclamo la antigüedad.*

Carmen sabe que su Moro está confundido entre
dos amores. Clara ha vivido entre Londres, Buenos
Aires y Valparaíso, habla varios idiomas, tiene ideas
liberadoras y, sobre todo, es soltera. Ella, en cambio,
poco puede ofrecerle. Por eso lo alienta a viajar a
Lima a pensar, aunque nunca se resigna.

*Siete años hace que me hiciste feliz con tu amor,
que me sacaste de la desventura. Pues bien, hoy me
encuentro otra vez en ella; hoy soy tan miserable como
entonces y ya sin esperanza, porque no hay otro tú
que me saque de ella. Yo quiero amar a otro y no
puedo; quiero vivir y sólo este sentimiento puede
animar mi vida. Oh! por qué me crepita mi amor,
mis dulces ilusiones! No, no pueden existir dos amores.*

Sigue a la vuelta...

Un amor que estaba escrito [artículo] Karim Gálvez V.

Libros y documentos

AUTORÍA

Gálvez, Karim, 1970-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1995

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Un amor que estaba escrito [artículo] Karim Gálvez V.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile